



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

PERIODISTAS SANTANDERINOS
RICARDO OLARAN



Sal. de Bravo Descargaño 14 y. Móstoles e. Madrid

Periodista de valía
y digno, por tal concepto,
de respeto,
de respeto y simpatía.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—ESPAÑA CÓMICA. III. Santander, por Simón Delgado.—Rodando la bola, por Fianro Itáyzoz.—Palique, por Clara.—Al entrar en la casa, por Juan Pérez Zúñiga.—A Paca, por Arturo Ramos.—Amor, por Juan Coll.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

CRÁNDOS: Ricardo Olaran.—Santander.—¡Olé, los barbianes!, por Cilla.



La tranquilidad ha huido de nosotros para siempre.

Primero hemos temblado porque iba á venir el cólera; ahora temblamos porque está ahí la difteria.

De todo lo cual resulta que vivimos punto menos que de milagro, y que las epidemias se han puesto de moda, como los impermeables.

Hay seres que se dedican á llevar consigo el pánico, como quien lleva la caja de los anteojos, y están descando salir de casa para poder decir al primero que se encuentran en el camino:

—¿No sabe V. lo que hay?

—No, señor.

—Se ha acabado la salud pública, por orden del Ayuntamiento.

—¿Qué me cuenta V.?

—Lo que V. oye; el Alcalde ha declarado que moriremos todos de garrotillo.

El corazón padece lo que no es decible en presencia de estas noticias tremebundas que propalan los llorones de profesión, y la gente va perdiendo el gusto para todo, hasta para casarse.

Antes, por este tiempo, había bodas todos los sábados, y aun los demás días de entre semana; ahora se casa uno que otro infeliz, porque no tiene más remedio, ó porque está desocupado y quiere entretenerse regañando con la suegra.

Aquí, cuando damos en exagerar las cosas, somos terribles.

Desde que se fué Mazzantini, llevándose el motivo de todas las conversaciones, hemos tenido que inventar un asunto grave, para mantener vivo el interés y que no decaiga nuestro espíritu impresionable.

En el teatro, en el café, en la calle, en las tertulias, nadie habla más que de la enfermedad reinante, y en cuanto se oye toser un poco fuerte, ya está todo el mundo alarmado. Los padres privan á sus hijos de asistir al colegio, y hay muchas personas de edad provechosa que, por temor al contagio, han abandonado los lugares á donde concurrían diariamente.

—Es necesario huir de todos aquellos sitios donde hay aglomeración de gentes—exclaman convencidos.

Y se meten en la cama á las ocho de la noche, después de gargarizarse con malvabisco.

La aprensión da lugar á muchos sucesos cómicos.

Dícese que algunos senadores vitalicios piensan dejar de asistir á las sesiones, mientras no desaparezca por completo el peligro.

—Yo tengo una naturaleza infantil—decía un padre de la patria, contemporáneo del General Castaños,—y no quiero que por mi excesivo arrojio vaya á morirme del garrotillo. El año pasado tuve la tos ferina.

—¿Quién tose?—preguntaba ayer alarmado un socio del Círculo, que frisa en los sesenta.

—Es el mozo del billar, que se ha acatarrado.

—Pues que se limpie la garganta con un cepillo de los dientes, ó no vuelvo á poner los pies en este establecimiento.

Para compensar en cierto modo nuestra amargura, los tablajeros han bajado el precio de la carne.

Con este motivo podrán muchas familias abandonar las féculas, para comer solomillo de cuando en cuando.

Un discreto escritor ha averiguado que la clase media come mal. Efectivamente; hay padre de familia que con tres cuarterones de carne da de comer á su numerosa prole.

A cada chico le corresponden tres hebritas; la mamá se adjudica cinco, porque suele estar criando, y deja al dueño de la casa el usufructo de las piltrafillas adheridas al hueso.

Este sistema de alimentación hace que los niños, de puro flacos, se transparenten, y que algunos, más que personas, parezcan lombrices desmejoradas por el ayuno.

Nosotros hemos visitado algunas casas donde había niños color crema con pintas.

—Están delgaditos—dijimos á la mamá.

—¡Pues si V. viera lo que comen! No se ven hartos—nos contestó.—El otro día estuvo aquí el vidriero á poner dos cristales, y se dejó olvidada la masilla. No había hecho más que dar media vuelta, y cuando quiso recordar, ya estos condenados se la habían comido toda.

La baratura de la carne costará muchos dolores de cabeza. Casi todas esas chicas desmejoradas que aparecen en la sociedad como víctimas del amor y de los nervios padecen la nostalgia de la carne.

El mejor elixir para curar las dolencias del corazón, que afligen á las señoritas solteras y sensibles, está en la carnicería.

Si se hiciese más uso de las chuletas y del *entrecot*, habría menos románticas, y no nos romperían la cabeza los poetas fúnebres con sus poemas lacrimosos.

Ahora, en Inglaterra, se ha puesto de moda la carne de perro, y se observa que los consumidores van adquiriendo los instintos y las maneras de la raza canina.

En la Cámara de los Lores ha habido ya varias mordeduras, y se teme que la costumbre se generalice, y acaben los hijos de Albión por olvidar los preceptos de la policía.

Aquí también se usa la carne de gato, y la prueba está en que muchas señoritas que cantan zarzuelas *mayan* perfectamente la parte que les corresponde.

De la carne de toro no hablemos.

Hay esposo que tal vez por el abuso de esta carne ha adquirido todos los caracteres de los berrendos, y se deja lidiar con el mayor gusto.

No gana uno para emociones.

Dícese que el Gobierno vigila, porque los revolucionarios se mueven.

Mientras no se logre que los revolucionarios permanezcan tranquilos, no tendremos paz ni dinero en este país.

Quizá ante el temor de que pueda haber trastornos, las señoras sociables tienen cerrados sus comedores.

Ni las de Hormiguillo, ni las de Vegeto, ni las de Morrón, han abierto los salones, y la juventud barata no sabe dónde matar el tiempo.

Sin embargo, acabamos de recibir una invitación que nos dirige la viuda de Emoliente para que no dejemos de asistir á la reunión del domingo. En ella leerá una poesía un distinguido poeta de Baza que usa impermeable y viene aquí á darse á conocer.

Tiene la noble aspiración de llegar á ser algo, y una de dos: ó le representan un drama que ha escrito de su puño y letra, ó le dan un destino en consumos.

Oportunamente daremos cuenta de lo que resulte.

LUIS TABOADA.

ESPAÑA CÓMICA

(APUNTES DE VIAJE)

III

SANTANDER

Recibiendo los besos de la brisa,
á bordo del mensajero *Corcovara*,

que al leve empuje de la mar picada
saluda á Santander con la cabeza,
mientras allá, en la barra, van las olas
á romper con estrépito en la arena,
y Febo se despide, coronando
de rojo rubio la empinada cresta,
lleno de admiración, sombrero en mano,
me inclino ante la joya montañesa.

No por ese espectáculo grandioso
que ofrecen la campiña pintoresca,
los hoteles tendidos en la playa,
el agua que se irrita y que se encrespa,
y el alegre cantar de los marinos
que salen en sus lanchas á la pesca...
¡saludo á Santander, porque es la patria
de don José María de Pereda!

Honra de la nación, noble figura,
paladín esforzado de esta tierra,
ilustre anacoreta de Polanco
que reúne al talento la modestia,
y siendo general en el oficio,
de alternar con la tropa no desdén.

Al lado del coloso, me parecen
más gallardos pataches y corbetas,
más grande el Océano y más terrible,
la montaña más linda y más risueña,
y hasta la sombrerera de don Santos,
caprichoso chalet, no sombrerera!

Veamos la ciudad. Es un conjunto
de hoteles nuevos y de casas viejas;
éstas arriba, aquéllas en el muelle,
limpias aquéllas y podridas éstas,
con cuya variedad, los edificios
la abigarrada población reflejan.
Abajo, comerciantes millonarios;
arriba, pescadores, sardineras;
la gente del país, que se defiende
y opone un muro á la irrupción moderna.
Acá, los señoritos atildados,
los marinos ingleses, los horteras...
allá, las rudas huestes del trabajo,
hombres tostados y fornidas hembras,
que envueltos entre redes y guñapos,
los caracteres típicos conservan.
Va á vencer el progreso. Poco falta
para que, de una vez, desaparezcan,
con las calles estrechas y malsanas,
las mozas del *carpancho* á la cabeza.
Casi da compasión. Pero no importa,
¡vivirán en los libros de Pereda!

Así como hay personas en el mundo
que coleccionan sellos ó monedas,
ó compran siempre queso para postre,
ó se acuestan con gorro, ó no se acuestan,
la manía de Estraña es dar cigarros
á todo ciudadano que se encuentra,
y llenarle de puros los bolsillos,
y llevarle al *brillante*, pa que vea.
¡Y qué cosas se ven! Chicas pintadas,
licenciados de Cuba, gente buena,
que bebe, fuma, charla, tima y luce
toda la podredumbre que le queda!
¡Parece que allí suben del mercado
los miasmas de los cámbaros, que apestan!
Es un café *Imparcial*, con unas gotas
de esencia desecada y canallesca.

La hoz municipal sacó de cuajo
los árboles de entrambas alamedas,
trocando las frondosas espesuras
en enramada mísera y esueta.
Pero... ¡qué alineación tan deliciosa,
y qué gigante chopos... cuando crezcan!

El *Sardinero*, triste, frío y solo,
viudo de la colonia veraniega,
parece una ciudad abandonada,
que de su propia soledad se queja.
Allí, donde lucieron sus encantos
con gracioso impudor las madrileñas,
las solitarias olas van dejando
pedrecitas y conchas en la arena,
que allí se quedarán hasta que vayan
los chicos de la corte á recogerlas.

Gracias á Colomer, que es un buen chico,
he visto el Astillero. Es una aldea
de aspecto pintoresco, donde el cuerpo
goza mucho tumbándose en la hierba.
(Hago esta observación, porque extasiado
no pude menos de dormir la siesta.)

La gente de esta tierra es buena gente;
franca, noble y sencilla. Si pudiera,
con diez ó doce amigos montañeses,
y diez ó doce amigas montañesas,
á la orilla del mar, bajo aquel cielo,
pasaría tranquilo la existencia,
comiendo las riquísimas sardineras
que venden á diez céntimos docena!

En fin, que me ha encantado la *tierruca*,
y es cosa de volver, aunque no sea
más que por abrazar á Pepe Estraña
y quitarse el sombrero ante Pereda.

SINISTRO DELGADO.

RODANDO LA BOLA

Mi amiga doña Fortuata
á su esposo don Andrés,
le regaló hace ya un mes
un alfiler de corbata,
que consiste en un brillante
con unas luces divinas,
entre dos perlas muy finas
de un valor exorbitante.

Ayer tarde los fui á ver
por un deber de atención,
y presencié una cuestión
entre marido y mujer,
y en la cual ella furiosa
regañaba á su marido,
por habérselo perdido
este obsequio de su esposa.

—¡Eres un pillo!

—No hay tal.

—¡Lo has empeñado! ¡Travieso!

—¡Que no hay tal cosa!

—¿Para eso
me he gastado un dínaral?

—Te juro que lo perdi.

—¿Pero en dónde?

—¿Qué sé yo?

—Pues yo te digo que no.

—Pues yo te digo que sí.

—Esto de la raya pasa,

y has de tener entendido
que, por si te se ha perdido,
voy á registrar la casa.

Y, en efecto, la mujer
que es un genio de Satán,
registró con tanto afán,
que pareció el alfiler.

¿Pero en dónde? ¡Desgraciada!

¡Qué terrible decepción!...

¡Escondido en un rincón
del cuarto de la criada!

Lo que allí entonces pasó
no se puede relatar.

¡Qué manera de gritar
y qué escándalo se armó!

La mujer, que esto veía,
tuvo sospechas de que...
¡Nada, figúrese usted
qué es lo que sospecharía!

Y aunque hubo razón fundada,
lo bueno del caso era
que al marido ni siquiera
le gustaba la criada.

Lo que ocurrió á don Andrés,
y parece la verdad,
sólo fué casualidad,
según me enteré después.

Se asegura que el marido,

por hacer una conquista,
habla con una modista,
cuyo nombre no he sabido;

y aunque es mucha su inocencia,
como el hombre tiene *guita*,
parece que la visita
con muchísima frecuencia.

La modista, ¡buena alhaja!
dicen que quiere á Vicente,
que es un chico dependiente
del taller donde trabaja;

y Vicente está enredado
con Feliciano, que es
criada de don Andrés,
como habrá usted adivinado.

Y como siempre sucede
que los novios donde quiera
se obsequian de la manera
más barata que se puede,
aquí queda ya explicada
la causa por la que ayer
se ha encontrado el alfiler
en poder de la criada.

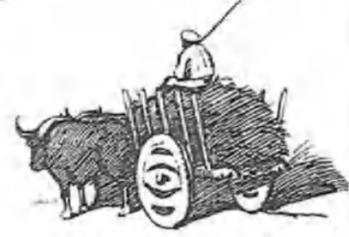
FIACRO YRÁYZOZ.

PALIQUE

Un Sr. D. Juan Fernández, que no escribe mal, pero que debe de tener muy mal genio y ser en su casa un tirano con grandes berrinches, publica en *El Imparcial* un artículo rabian-do contra Miguel Escalada, que todos sabemos que es un escritor muy conocido y muy listo. D. Miguel sabe defenderse y aun atacar, y en esta ocasión, si lo juzga conveniente, responderá con los bríos que ya demostró cien veces. Pero como si sobre él va el chubasco, algo nos moja á los que más ó menos hemos sacado á relucir las definiciones de la Academia, yo, por lo que me toca, y además porque quiero y la calle es de todos, voy á echar también mi cuarto á espadas.

El Sr. Fernández quiere defender á la Academia de los cen-sores que en una ú otra forma criticamos el *Diccionario de la docta Corporación*, y parece así como que se funda, para declarar la impertinencia de tales críticos, en el buen estado de nues-tras relaciones con la América española. La filosofía del señor Fernández viene á ser ésta: si queréis que los americanos nos consideren y se arreglen con nosotros, no desacreditéis á los académicos actuales que nos representan. Ante todo, Sr. Fer-nández, muchos de los académicos actuales no tienen nada que ver, ó tienen muy poco, con la última edición del *Diccionario*, y seguro estoy de que los disparates que entresaca Escalada no son de Castelar, ni de Campoamor, ni de Núñez de Arce, ni de M. Pelayo, etc., etc. Todos estamos en el secreto. Pero de

SANTANDER



¡Abajar, abajar... á lo vivo de ahora!



«Se suplica al público
guarde silencio duran-
te las representaciones.»



todas maneras, si el Diccionario tiene muchos disparates, y si los tiene, más nos desacredita el solo que acompañado de comentarios, los cuales pueden probar á lo menos que hay en España quien sabe español mejor que los que no lo saben. Si los disparates fueran pocos, anda con Dios, se podría hacer la vista gorda (y aun así convendría más no hacerla); pero son muchos. Sr. Fernández, son muchos. Dice el paladín de la Academia que entre tantos cientos de miles de vocablos, algunos tienen que ir mal definidos. Pero, señor, si son tantos los que van en él. Abro por cualquier parte el tomazo ese, y salta un gazapo. Prohemos.

Catedrático.—Bien; justamente ese es mi oficio. Veamos lo que soy yo, según la Academia:

«Catedrático.—El que tiene cátedra para enseñar la facultad á que pertenece.» No es verdad: yo tengo una cátedra, pero no enseño la facultad á que pertenezco, porque pertenezco, v. gr., á la facultad de Derecho, y enseño exclusivamente una asignatura de esa facultad; por ejemplo, Derecho Romano. Un catedrático que enseñara la facultad á que perteneciera, reventaría de hijo.

Y á propósito de Derecho Romano: el Diccionario habla de *novelas*, y se mete á decir que así se llama á «cualquiera de las leyes nuevas de los Emperadores que se añadieron y publicaron después del Código de Justiniano.» Todo eso está mal. Verá usted, Sr. Fernández: 1.º Justiniano publicó dos Códigos; hace falta decir, por tanto, que se refería al llamado *Repetita prælectionis*. 2.º Aun así, no habríamos adelantado nada, porque esas novelas no se añadieron al Código. 3.º Mucho antes de las novelas de Justiniano, cuando no había casta de este Emperador, se publicaron muchas novelas de varios antecesores de Justiniano con el título de *Novellæ Constitutiones*. Querrá V. decirnos que los académicos no tienen obligación de saber estas menudencias; pues entonces, para qué se meten en novelas de once varas? Además, el Diccionario no sabe que en Alemania hay leyes que se llaman novelas también. Y basta de novelería.

«Carbón de piedra.—Fósil, etc., etc., de color oscuro ó casi negro.» Negro, señor, negro; atrévase V.: negro como un carbón. ¿No es negro el carbón? ¿No hay carbón negro?

«Cana.—Más usado en plural.» ¿Por qué más usado en plural? ¿Qué sabe la Academia? ¿Ha hecho la estadística de las veces que se ha hablado de una cana sola y de varias? La primera cana, una cana al aire, arráncame esta cana, son frases que se emplean con tal frecuencia, que es incalculable el número de veces que se habrán usado. ¿Quién la mete á la Academia en tales matemáticas, ni qué falta hacen?

«Club.—Junta de individuos de una sociedad política, por lo común clandestina.»

Eso quisiera Cánovas. El club será comunmente clandestino cuando no haya libertad; pero habiéndola, ¿por qué? ¿O es que el Diccionario escrito por reaccionarios (y esta es la madre del cordero) sólo sirve para cuando manden los conservadores? Además, si se admite la palabra club, debe ser con su sentido propio, y los clubs no son exclusivamente políticos: ahí están el Veloz-club, el Bilis-club y otros.

«Ciclón.—Huracán en el Océano Indico.»

Ya lo oyen los marineros de nuestras costas; cuando les hablen de ciclones, ríanse y digan: ahí me las den todas. Para el Diccionario no hay más ciclones que los del Océano, y eso el Indico...

«Cieno.—Lodo blando que forma depósito en ríos, y sobre todo en lagunas.»

Ese sobre todo vale un mundo. Y lo de no haber cieno más que en los ríos y en las lagunas, vale otro; otro mundo.

«Levantar la casa.—Mudarse una persona con su familia de un lugar á otro, para residir en él.»

De modo, que el que no tenga familia, aunque tenga casa puesta, no puede levantar la casa. Y el que la levanta, como no sea para residir en otro lugar, como si no la levantara. Yo, por ejemplo, con familia y todo, en vista de que siendo catedrático tengo que enseñar una facultad, y esto es mucho para mí (*sobre todo*, como dice la Academia, en vista del poco sueldo que me dan), decido dejar el oficio y hacerme... cualquier cosa, cómico de la legua, sin residencia fija, v. gr.: Lo primero que se me ocurre es levantar la casa... pero no puedo, porque la Academia me obligaría á residir en otro lugar, y eso no me conviene. Claro que las más veces el que levanta la casa se muda y se va á vivir á otro lugar, es decir, no á otro lugar en el sentido de otro pueblo precisamente, como parece indicar la Academia al escribir para *residir* en él. Y *sobre todo*, el que levanta la casa puede no tener familia.

«Mientras en mi casa estoy, rey me soy.—Refrán que indica que quien está contento con su suerte, no solicita favores ajenos.»

1.º Los favores siempre son ajenos, según el Diccionario, pues es favor «ayuda, socorro que se concede á uno.» Y yo no me ayudo ni me socorro á mí mismo.

2.º Ese refrán no quiere decir precisamente lo que la Academia asegura que indica.

Y basta por hoy.

El Sr. Fernández insiste en que la campana es una copa boca abajo, y cita en su apoyo muchas autoridades extranjeras. Pues yo le citaré autores diversos que aseguran que copa es una campana boca arriba. Y todos se engañan; porque las campanas y las copas no dejan de ser lo que son, estén boca arriba-ó boca abajo. No parece sino que por decir: lo dijo Littré, ya... boca abajo todo el mundo.

De modo que una campana echada á vuelo, mientras va boca abajo es campana, y cuando va boca arriba es una copa.

Panza arriba y panza abajo, los disparates siempre son disparates, aunque se traduzcan de cuatro idiomas; la única ventaja que hay en esa *poliglotería* es la de

Y supuesto que dices bobertete vendrán á entender cuatro nacio-

El Sr. Fernández defiende una mala causa, y si no escribe mal al defenderla, no es esto decir que la defiende bien. Despreciar á Miguel Escalada por desconocido es una puerilidad. Escalada todos sabemos quién es; podrá estar un poco crudo á veces, pero peor sería que estuviese cocido; tal como es, tiene mucha gracia, razón casi siempre en lo que sostiene y muy bien ganada su reputación. *El Imparcial*, con su gran publicidad, da resonancia á los artículos de D. Miguel; pero interés, mérito y cierta autoridad, la tendrían de todas maneras.

Esto, que no podría decirlo Escalada al defenderse, lo digo yo con mucho gusto, y es el principal motivo por que escribo este deshilvanado articulejo. Y ahora, Sr. Fernández, voy á despedirme de V. con una frase que le va á hacer gracia:

¡Adiós con la colorada!

(Frase que, según la Academia, se emplea para despedirse.)

CLARÍN.

AL ENTRAR EN LA CASA

—Portera, toda vez que ya es el cuarto para mí, quiero que me diga usted qué vecinos hay aquí; porque no debo ignorar entre qué clase de gente vivo.

—Pues voy á empezar por el más bajo.

—Corriente.
—Verá usted: un tal García, paciente de Calomarde, dicen que tuvo una tía llamada Petra Velarde, la cual estuvo dos años siendo hermana de un banquero, en la calle de los Caños, número nueve, tercero. Y este señor, á su vez, tuvo un primo General, que falleció en Aranjuez de un divieso catarral. Pues bien: su hija mayor, que era sumamente fea, se casó con el señor Vizconde de la Polea, y ambos felices vivieron en Pozuelo de Alarcón,

hasta que se dividieron yo no sé por qué razón; el caso es que se fué al Norte la esposa con un francés, y el otro vino á la corte veintidos meses después. Aquí vivió con su hijastro Juan Morales, que era alférez del batallón de Barbastro y novio de Lola Pérez, la cual obsequió á Morales (yo no sé por qué motivos) con tres hijos naturales como tres becerros vivos: y el mayor, que es don Antonio, se unió con doña Consuelo, y ahí tiene usted el matrimonio que vive en el entresuelo.
—(Por vida de la mujer...)
—En el principal un tal...
—Basta; renuncio á saber quién vive en el principal; pues si á este paso queremos recorrer todo el camino, jugando al segundo lleguemos ya se ha mudado el vecino!

JOAN PÉREZ ZÓRIGA.

Á PACA

Paca, no me des matraca con el teniente de enfrente, porque reviento al teniente y á ti te divido, Paca.

Y si de hablarle no dejas de noche, desde el balcón, me veré en la precisión de ponerte en las orejas algo que me impida oír lo que no quiero escuchar, y que debieras callar... por lo que pueda ocurrir.

De su amor sigues las huellas considerando una ganga que lleve en la boca-manga dos relucientes estrellas,

y propalas á porfía que tu cariño merece, sólo porque perteneces al cuerpo de Artillería.

Eso me causa tristeza y hace que me desconsuele; ¡si hasta creo que te huele á pólvora la cabeza!

Deja, Paca, esa manía, que no ha de acabar en bien; porque si te empeñas en ser *casado*, el mejor día, confirmando lo que digo resultara, Paca infiel, ¡que si te casas con él no te casarás conmigo!

ARTURO RAMOS.

AMOR

Lentamente, gota á gota
y en medio de noche eterna,
una estalactita brota
del techo de una caverna.

Y sigue el agua cayendo,
y en el suelo va formando

otra piedra, que subiendo
va á la de arriba buscando.

Ya se acercan, ya se miran
con idecible embeleso,
sus labios de piedra estiran
y se sueldan con un beso.

JUAN COLL Y GOTARREDONA.



Es casado Restituto
y comerciante en Granada;
y si se ausenta un minuto,
deja en casa un sustituto
para que no falte nada.

¿Será bruto?

En el Círculo Artístico-Literario:

—Mozo.

—¿Qué manda V.?

—Café.

—Solo?

—No: arreglado del francés. Poco café y mucha leche.

No pidas nunca, niña,
media tostada;
que así empezaron muchas
desventuradas.

D. Gumersindo, que es un avaro empedernido, se ve obligado á tomar un carruaje que le conduzca á casa de sus deudores.

—Cochero—dice el auriga.—Mira bien la hora, para que después no haya trabacuentas.

El cochero baja la tablilla y descarga un sustazo. El caballo se lanza al galope.

—¡Ah, bribón!—dice D. Gumersindo sacando la cabeza por la ventanilla.—Quieres llevarme de prisa para que pase pronto la hora... Yo te arreglaré á ti.

De un anuncio:

«Se vende un armario de luna y una duquesita en buen uso.»

¡Dios mío! ¡qué desgracia!

¡Ya se deja vender la aristocracia!

Hemos recibido el primer cuaderno de las *Obras completas de Victor Hugo*, que con extraordinario lujo ha empezado á publicar la casa editorial de los Sres. Terraza, Aliena y compañía, de Valencia.

La obra constará de cuatro grandes tomos ilustrados con cromos magníficos, y cada cuaderno no costará más que 50 céntimos.

Es, pues, absolutamente preciso suscribirse. El representante de la casa en Madrid es D. Emilio Martínez, Valverde, 37. ¿Quieren, VV. más señas?

Malagueñas:

Al monte más elevado
le cantaba mis desdichas,
y condolido de mí
se me vino el monte encima.

Ya se ha muerto mi amor, madre,
no me lo quieras negar,
que ayer conté las estrellas
y ví que había una más.

RICARDO ROYO VILLANOVA.

Lhardy acaba de dar un paso gigantesco.
Gracias, Lhardy.
Deseando ser útil á la humanidad, ha fijado en 20 pesetas el

precio de los cubiertos; pero, eso sí, el parroquiano tiene que avisar con veinte y cuatro horas de anticipación.

Ayer entró en el establecimiento un hombre de buenos sentimientos y preguntó:

—¿Es aquí donde se avisa con veinticuatro horas de anticipación?

—Sí, señor—le contestaron.

—Pues bien; vengo á avisar á VV. que mañana no pienso venir á comer.

—¿Va V. á venir entonces pasado mañana?

—No, señor; nunca, por eso se lo aviso á VV.

Remitido:

Así mi tío decía
por el amor trastornado:
—Tengo mi honor empeñado
en conseguir á María.—
Y al oírlo asegurar
dijo Manuel á mi tío:
—¿Dónde estaría ya el mío
si lo pudiera empeñar!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Los puntos.—Habana.—Tiene gracia, pero... no se puede aprovechar. *Corruptela.*—Usted no sabe los millones de veces que se ha puesto en verso ese cuentecito.

Pinga.—¿Es empeño ese de no contar las sílabas?

Sr. D. F. M.—Pamplona.—No lo hace V. mal; sin embargo, es preciso que cuide V. algo de la forma, porque resultan forzados muchos versos.

Sr. D. E. F.—Madrid.—Le han copiado á V. esos epigramas en los almanaques del año setenta. ¡Habrás visto picardía!

Piruligni.—Muy benito. ¡Como que parece de Tirso de Molina! Y debe serlo. ¿Eh?

Sr. D. A. T.—Madrid.—Hice aquella supresión, por parecerme conveniente para el mejor efecto. La composición que me remite la envié con la otra, y de las dos escogí la otra.

Un vecino de Chin-chin.—¡Ay, qué moral la del fin! ¡Galopín!

Sr. D. P. F.—Madrid.—Eso es muy conocido; también cosa de almanaque.

Pendijos.—No, si no sirve aquélla, Ni ésta.

A. Cuesta.—Un poquito defectuosa en la forma. Tiene V. condiciones.

Un curloso.—Treinta á treinta y cinco. De Vigo. No sé lo del colegio.

Chipelin.—Atrevídillo estáis. Hay que tener cuidado con las durezas de la frase.

Bili.—No satisface del todo, y es sin duda porque divaga V. mucho.

Sr. D. A. C.—Si no fuera un poco vulgar el estilo y un mucho manoseado el asunto...

Sr. D. F. de S.—Madrid.—Es imposible que yo me acuerde de todo; pero indudablemente, el error procederá de la causa que V. señala. Perdón, pues, por la ligereza, disculpable si se atiende al exceso de trabajo.

Tendrá presente su aviso acerca de los niños graciosos.

F. O. Z.—Madrid.—Bastante ordinario y... sin la menor esperanza de que los versos tengan su medida correspondiente.

Sr. D. G. B.—Madrid.—Bien versificada. El final no es de efecto.

Justifá.—Es inocente, demasiado inocente. Y no llame V. artículo á una composición en verso.

Sr. D. R. A. T.—Sigue V. con los mismos defectos. *Interioris y pinones* no disfrutan el honoroso cargo de consonantes.

Delgacasti.—No conozco la letra, pero el asunto me parece vulgar.

Un pucherólogo.—Pero ¿qué clase de composición es esa? Seis versos que no ligan... No caigo.

X de V.—La sorpresa hubiera sido

que yo te hubiera entendido.

Analla Merol.—Todas son flojitas; ya se lo he dicho á V.; pero no me parece que carece V. de condiciones.

Truchita.—Zaragoza.—No sea V. modesto; *trucha*, y grande. Eso es mediano.

K. Tucumo.—Cuando uno se pone á hacer octoslabos, debe procurar que todos los versos sean de ocho sílabas. Y si no, no ponerse.

Fin-fán.—Maleja es. ¡Ah! las palabras *periódico*, *extramétrica* y *étnico* no se han visto todavía en la horrible necesidad de ser consonantes.

Sr. D. B. C.—Toro.—Impropia del periódico. Parece cosa de álbum ó abanico.

Meléndrez.—Pataplona.—¡Nada! ni la más leve ódez de metrificación. ¿Que *conviento* y *inletro* son consonantes? ¡Antes la tumba fría!

All.—Guarde *All* esos versos y no los enseñe.

Mirawamolin.—Perdona ¡oh agareno!, pero aunque revelas algo bueno, te falta mucho aún. Así como á la palabra *otico* le falta una h, porque viene del latín *foricus*.

Sr. D. F. A.—Sevilla.—A las tres les falta naturalidad y frescura, sobre todo á la que va en esdrújulos, que, como es natural, resulta muy forzada. No he recibido la carta á que se refiere.

Infusión.—Malitos. Y agradecemos V. el diminutivo, porque es de agradecer.

Sr. D. T. J.—Cádiz.—Muchísimos defectos y remuchísimas faltas de ortografía, y de prosodia, etc. etc.

MAR O. 1916.—Tipografía de Manuel G. Ramírez, Impresor de la Real Casa. Libertad, 16 duplicado, bajo

MIS NIÑOS!



Ultimos figurines,
moda que empieza
en caras, para chicos
de la grandeza.

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2'50 pesetas; semestre, 4'50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4'50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, tetras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Cervantes, 2. segundo

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO
Teléfono núm. 620

COMPañA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFÉS
26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
Y PARA SU DIRECTOR
LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878
TES.—TAPIOCA.—SAGU
BOMBONES FINOS DE PARIS
Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal..... Montera, 8
Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

ESPAÑA CÓMICA

(APUNTES DE VIAJE)

De las crónicas ilustradas que con este título se publican en el periódico, se hace una tirada aparte en cartulina superior, con el objeto de formar un álbum elegante, que constará de cincuenta hojas, una para cada provincia, y una de cubierta, conteniendo la portada y el prólogo.

Cuando se concluya el álbum, se venderá á los precios siguientes:

Sin encuadernar..... 20 pesetas
Encuadrado en tela..... 25
Cartulinas sueltas (cada una)... 0,50

Para mayor comodidad del público y nuestra, los pedidos de cartulinas se servirán, tanto en Madrid como en provincias, de diez en diez hojas, á medida que se vayan publicando.

A librerías y corresponsales se hace el descuento del 30 por 100, es decir, que les costará cada cartulina 35 céntimos